

Piezas sueltas con un final inesperado

Un momento en la historia de la edición y de la lectura en Colombia (1925-1954)

PAULA ANDREA MARÍN COLORADO
Universidad del Rosario, Bogotá, 2017,
148 pp.

INVESTIGAR LA historia de la edición en Colombia es una tarea pendiente, como nos lo reitera Paula Andrea Marín en su libro. Pese al creciente interés en los últimos años, persisten más preguntas que respuestas, y es todavía un tema cubierto por la bruma de lo desconocido. El texto de Paula Andrea Marín busca allanar el camino para aquellos que quieran seguir esta senda de investigación, y fue posible gracias a un apoyo económico del Ministerio de Cultura y al respaldo editorial de la Universidad del Rosario.

El libro se compone de tres capítulos independientes que, si bien tienen un punto en común: la historia de la edición, no logran el grado de unidad y articulación que se esperaría de un libro de autor. Los textos pueden ser leídos fácilmente como artículos autónomos; incluso en dos casos, parte de los capítulos había sido publicada recientemente como artículos en revistas especializadas. La posibilidad de leer cada capítulo de manera independiente, sin que se afecte la comprensión del texto, es una virtud que buscan los autores en la actualidad, pero en *Un momento en la historia de la edición* la superposición de temas, las repeticiones innecesarias y las interrelaciones evidentes, que no se desarrollan, dejan la impresión de que algo falló en la estructura del libro.

Ahora bien, lo anterior no quiere decir que el libro no sea interesante o que no aporte a la historia de la edición y la lectura, área en la cual la autora inscribe su trabajo tanto teórica como metodológicamente. Por ejemplo, allí encontramos un modelo sólido para trabajar los catálogos de las bibliotecas como fuentes históricas, pasando de la descripción de títulos al desentrañamiento de los criterios editoriales subyacentes y a la pregunta por el lugar que ellos ocupan en el largo proceso de autonomización del campo editorial

en Colombia en el siglo XX.

Sin duda, la experticia de la autora en los campos de la literatura y la crítica literaria aporta mucho a esta mirada sobre las fuentes. No obstante, un aspecto pendiente es la apropiación de la historiografía sobre el tema. La pretensión de inscribir la investigación dentro de las premisas de la disciplina histórica obliga necesariamente a revisar y dialogar con la producción historiográfica sobre el objeto de estudio en el período que se analiza. Tal como lo afirma la autora: “Plantear una historia de la edición en Colombia implica construir un diálogo entre la historia cultural, la historia literaria, la historia política y la historia económica, y ver la cultura escrita como un territorio de investigación que debe ser abordado desde su materialidad y su técnica” (p. xix). Los textos desarrollan de manera sólida este último propósito (el análisis de la cultura escrita desde la materialidad y su técnica), pero aunque tienen una gran cantidad de referencias bibliográficas, no hacen una revisión exhaustiva de la historiografía y dialogan con un número muy reducido de autores. Por ejemplo, temas centrales como las reformas liberales y el nacionalismo se dan por sentados, pero no hay un diálogo o posicionamiento con/sobre las interpretaciones de estos fenómenos.

El primer capítulo, dedicado al rol de Germán Arciniegas como editor, confirma la importancia de este en la modernización cultural del país, a través de su apuesta editorial durante los años veinte con Ediciones Colombia, y con mucho mayor impacto mediante la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, durante su paso por el Ministerio de Educación. Sin embargo, la hipótesis subyacente de una cierta apoliticidad en la labor editorial de Arciniegas no se puede probar solamente por la inclusión de autores de los dos partidos en las colecciones que dirigió, sino que esta información debe interpretarse a la luz del proyecto político y las prácticas de la República Liberal, del cual Arciniegas fue gestor y uno de sus más importantes difusores. ¿Puede comprenderse la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana por fuera del proyecto liberal de construcción de nación? Esta es una pregunta que

queda para la discusión.

El segundo capítulo, el más novedoso por la figura que “descubre”, está dedicado a estudiar a Arturo Zapata, dueño de la editorial manizalita del mismo nombre, muy popular en los años treinta y cuarenta, pero sobre la cual casi no existen investigaciones. La autora interpreta a Zapata como un caso notable que contribuyó a la consolidación del campo editorial, aunque no existieran todavía las condiciones para que se lograra plenamente, por su labor en dos frentes cruciales en el desarrollo de la industria editorial: “(...) el reconocimiento de los derechos de autor y el esmero en construir un circuito de distribución eficiente para sus libros” (p. 80). En este capítulo, Paula Andrea Marín logra abrir nuevos archivos y descentrar la historia de la edición en Colombia, por lo menos en dos aspectos. Por un lado, cuestionando la creencia generalizada sobre la exclusividad de Bogotá como centro de irradiación e innovación editorial en la primera mitad del siglo XX, al mostrar la existencia de un proceso análogo de gran impacto y duración en la zona cafetera. Por otro lado, no deja de ser notable que se trataba de una iniciativa particular, si bien se soportaba en un grupo de sociabilidad de “intelectuales locales”, pero no dependía de instituciones “mecenas” del ámbito editorial, como eran el Estado y la Iglesia católica.

El tercer capítulo es una mirada panorámica a la evolución de la edición en Colombia entre 1925 y 1954, un período que la autora define como antecedente del capitalismo editorial. Aunque en el título del capítulo se plantean estas fechas, que corresponden a los años extremos de los proyectos editoriales de Arciniegas y Zapata, lo fuerte del análisis se centra en el período de la República Liberal y es contrastado con algunos datos de los años cincuenta para mostrar cambios de tendencias principalmente en las preferencias de lectura. El énfasis en el período de los gobiernos liberales está justificado porque las políticas estales posibilitan tres aspectos centrales para la “revolución de la lectura”: 1) aumento en la edición y circulación de impresos; 2) cambios en la enseñanza de la lectura, y 3) uso de las bibliotecas y mayor acceso a los impresos (pp. 113-114). En la década de

RESEÑAS		HISTORIA
1940, los hitos que marcan la transformación del mundo editorial vienen por el lado de una actualización en las leyes de derechos de autor y del libro (Ley 29 de 1944 y Ley 86 de 1946), que crean las condiciones para el desarrollo de la industria editorial. En las conclusiones del trabajo hay una breve reflexión muy interesante, que conecta y compara la labor de los editores de los años treinta y cuarenta con la de los investigadores contemporáneos, dando un final inesperado al libro. En efecto, en las últimas líneas la autora reivindica la necesidad de apoyar la edición nacional, no solo por sus réditos económicos sino también para contribuir “a la ‘independencia espiritual’ (intelectual y cultural) del país y del continente. La investigación sobre la historia de la edición en Colombia es, igualmente, una forma de aportar a esa independencia” (p. 148). Esa relación no se desarrolla a profundidad en los capítulos, pero Paula Andrea Marín siembra la inquietud entre sus lectores, justo antes de cerrar el libro. Luz Ángela Núñez Espinel		